

# ¿CUÁNTO DURA UN INSTANTE?

POR LÁZARO COVADLO

*You must remember this  
A kiss is just a kiss, a sigh is just a sigh.  
The fundamental things apply  
As time goes by.*

Herman Hupfeld

**T**odos están enterados de que una semana cuenta con siete días, un día acumula veinticuatro horas, una hora tiene sesenta minutos y un minuto dura ni más ni menos que sesenta segundos, pero ¿cuánto dura un instante? Un instante parece señalar una brevísima magnitud temporal, pero no define los parámetros (inexistentes) de esa supuesta magnitud. ¿Qué es un instante? Nada. Cronológicamente un instante es nada; fuera del habla cotidiana no existe tal cosa. Es una palabra vacía. ¿Y un momento? “Un momento” tampoco tiene significado concreto, pero al menos puede asimilarse a una situación; un hecho; un acontecimiento histórico: “En abril de 1945 los aliados acabaron con el nefasto poder del régimen nazi; ese fue un gran momento para la humanidad”. ¿Pero un instante? ¿Para qué sirve la voz “instante”?

Lo expliqué en otra ocasión: me escuecen las voces polisémicas o de ambiguo sentido. Entre las segundas hay dos que provocan en mí terribles urticarias, una de ellas es la palabra “persona”, cuyo significado original, como tanta gente sabe, proviene del latín y antes del etrusco (*phersu*) y antes del teatro griego, y corresponde a “máscara”. Aun así, la corriente del habla la hizo equivaler a “ser humano”. Entonces se llega a decir que fulano es buena o mala persona y fulanita tiene mucha personalidad para significar que dicha mujer posee un carácter fuerte o algo por el estilo, pero no con el fin de señalar que tal ser humano vive representando una farsa. Todo esto para no mencionar las entidades a las que se denominan “personas jurídicas”.

DIBUJO DE JUSTO BARBOZA



Sin embargo, la palabra que más lastima mis oídos tiene una dotación de ocho letras: “REALIDAD”. Yo mismo caigo en la trampa innumerables veces, así es que llego a decir “en realidad” y acepto (aunque no de buena gana) que un relato sea calificado como “real” o “de ficción” o que se hable de personajes “reales” y “ficticios”, como si acaso todo lo existente y todo lo imaginado o soñado no perteneciera a la realidad. Esa realidad poliédrica —e inaccesible a las mentes de las “personas”—, en la que caben entre los doscientos y cuatrocientos mil millones de estrellas de nuestra galaxia y los otros diez cuatrillones de soles que (se presume) se reparten entre los restantes dos billones de galaxias (también se presume) que pueblan nuestro universo. La misma realidad que compartimos con la efímera, ese insecto de cuerpo alargado que apenas suele vivir unas veinticuatro horas, mide nada más que dos centímetros, y sin embargo tiene de todo: cabeza, tronco, ojos, alas, aparato reproductor, cerebro y vaya a saberse qué más. Lo asombroso es que con un lapso vital tan corto el bicho se obstina en aprovecharlo por completo. Así es, mientras está vivo quiere

vivir: prueba de arrimarle una pajita y verás cómo se escabulle con el fin de preservar su integridad física. Por lo visto, la efímera tiene una fuerte personalidad.

Ahora bien, pese a que su existencia sea tan corta, el tiempo de vida de la efímera es muchísimo más largo que el de una pompa de jabón y, por supuesto, el de una guiñada de ojo, cuya duración se estima en un décimo de segundo, que es el tiempo en el que un colibrí alcanza a batir sus alas hasta siete veces. Lento, muy lento, si lo comparamos con el aleteo de una mosca: una vez cada tres milisegundos, lo cual es muy poco en relación con el recorrido de un rayo de luz, que alcanza a transitar trescientos metros en un microsegundo (un millonésimo de segundo). Sí, pero cierta rara partícula subatómica bautizada como “k mesón” tiene una vida media de solo doce nanosegundos, y téngase en cuenta que un nanosegundo equivale a un mil millonésimo de segundo.

Ya que estamos refiriéndonos a lapsos temporales en relación con fenómenos físicos, qué podríamos decir de la duración que alcanza, antes de desaparecer, el “bottom quark”, esa estrambótica partícula subató-

mica creada en los aceleradores de alta energía: tan solo un picosegundo, que viene a ser un billonésimo de segundo.

El tiempo, sí, el tiempo, que en idioma español es un sintagma polisémico y alude también al clima, a las etapas históricas y algunas cosas más. Así que el vocablo puede incluirse entre los que me inquietan, pese a que en el sentido primero me apasiona, sobre todo cuando pienso que nuestro planeta existe desde hace unos cuatro mil quinientos millones de años (cuando aún no existía nadie que supiera medir el tiempo) en un universo en expansión cuya edad se calcula en aproximadamente trece mil setecientos y pico millones de años, años más o años menos, puesto que con semejantes cifras no vamos a contar la calderilla. ¿O sí?

Pues bien, de todas las ilusiones que envuelven nuestra vida, tal vez la más ilusoria sea la del tiempo. La ilusión del tiempo entendido como cuarta dimensión, según Einstein. No obstante, el interés sobre el tema es muy anterior al desarrollo de la Física teórica: con seguridad ya existía cuando la humanidad acababa de descubrir la rueda y los hombres y mujeres articulaban las primeras palabras que “andando el tiempo” sirvieron para generar conceptos, entre estos, conceptos sobre las mismas palabras y sobre el tiempo. Pero no nos iremos tan lejos, conformémonos con repasar lo que pensaba Agustín de Hipona en tiempos de la Antigüedad tardía, o si se prefiere, la alta Edad Media (es que hay diversos nombres para los diversos tiempos): “En la eternidad ninguna cosa pasa, sino que todo es presente”, sentenciaba san Agustín, y en el capítulo XII de sus *Confesiones* expone que “antes de que Dios “criase” los tiempos ningún tiempo había”, y explica con más abundancia el doctor de la Iglesia:

*¿Pues qué cosa es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, yo lo sé para entenderlo; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunte, no lo sé para explicarlo. Pero me atrevo a decir que sé con certidumbre, que si ninguna cosa pasara no hubiera tiempo pasado; que si alguna cosa sobreviniera de nuevo, no habría tiempo futuro; y si ninguna cosa existiera, no habría tiempo presente. Y en cuanto al tiempo presente, para que sea tiempo, es preciso que deje de ser presente y se convierta en pasado, ¿cómo decimos que el presente existe y tiene que ser, supuesto en que su ser estriba en que dejará de ser; pues no podemos decir con verdad que el presente es tiempo, sino en cuanto camina a dejar de ser?*

Confesiones de san Agustín , Capítulo XIV.

Lo notable de esta interpretación lo encontramos en su coincidencia con la fenomenología de Husserl y con las más avanzadas concepciones de la física actual.

*Pero aquellos dos tiempos que he nombrado, pasado y futuro, ¿de qué modo son o existen, si el pasado ya no es, y el futuro no existe todavía? Y en cuanto al tiempo presente, es cierto que si siempre fuera presente, y no se mudara ni se fuera a ser pasado, ya no sería tiempo sino eternidad.*

Ibídem, Capítulo XIV

Las preguntas inherentes al tema pueden traernos confusión: ¿Es el tiempo un producto de la consciencia? ¿Podría existir el tiempo en ausencia de la materia (y de la energía)? ¿La falibilidad de la memoria altera el registro de los tiempos pasados? ¿Existe el tiempo futuro o es una entelequia?

Como quiera que sea, si me preguntaran qué es el tiempo, hoy respondería que es la sustancia de la que estamos hechos. No sé qué respondería mañana. En cualquier caso, frente a la imagen propuesta por Eddington de una supuesta flecha del tiempo, propongo la de un ovillo. No sé si un ovillo bien enrollado o enmarañado. Tal vez a veces lo uno y otras lo otro.

Ahora bien, la expresión “La flecha del tiempo” se ajusta perfectamente a los conocimientos de la física actual. El tiempo no es reversible y, al igual que todo en la naturaleza, está sometido a las leyes de la Termodinámica y sus resultados entrópicos (¿sí?). El pasado hace sus registros (con frecuencia distorsionados) en la memoria; el presente es una entelequia inasible e imposible de medir —¿Quién podría decir “ahora estoy pensando esto” cuando al decirlo ha dejado de pensar en ese “esto” para pensar en lo que estaba pensando?—; y el futuro está sujeto a la aleatoriedad de las circunstancias venideras y su representación en la consciencia, casi siempre reflejada en nuestras esperanzas, temores e incertidumbres. Así pues, el tiempo vendría a ser unidireccional y con destino incierto.

Pero, al costado de las lecturas sobre el tiempo realizadas por los doctos en temas propios de la Física, deberíamos tener presente que invariablemente fabricamos dicha ilusión con las herramientas de la consciencia, que es la que nos permite percibir el movimiento y la transformación de lo que está al alcance de nuestros sentidos. “Pasado, presente y futuro apenas son ilusiones, aunque sean ilusiones consistentes”, sentenció Einstein.

Y son ilusiones enmarañadas: la memoria incorpora supuestas vivencias provenientes de los sueños; no es extraño que terminemos por tomar por hechos vividos personalmente (¡ay!, otra vez se me coló un derivado de la voz “persona”) sucesos que nos han referido, por eso sostengo que se trata de un ovillo antes que de una flecha. Además, cuantificamos la sustancia temporal como si tuviera volumen y decimos que no tenemos tiempo o, contrariamente, que éste nos sobra. Creemos que algunos pierden el tiempo y hacemos ciertas cosas para “ganar tiempo”. En fin, vivimos inmersos en el tiempo, somos el tiempo.

Pero, ¿somos instantes? ¿Cuál es la medida de un instante? ¿Cuánto tiempo dura?



**\*Lázaro Covadlo**

(Buenos Aires, 1937) Entre otros libros, ha publicado las novelas *Conversación con el monstruo* (1994), *Criaturas de la noche* (2004), *Las salvajes muchachas del Partido* (2009); y los libros de cuentos *Agujeros negros* (1997), *Animalitos de Dios* (2000), *Nadie desaparece del todo* (2014). Vive en España desde 1975.